

un país donde la abyección inducía hasta adorar á las criaturas. Moisés guiaba á seis cientos mil hombres capaces de llevar armas, lo cual suponía cerca de dos millones de individuos, y tanta muchedumbre no podía mantenerse sino por milagro. Lentamente los dirigía á la Palestina, país perfectamente escogido, pues no fueran poderosos contra los pueblos del Eufrates ni contra la pujanza de los fenicios. Hallábase muy distante de Yemen, mientras que las pequeñas naciones de la Palestina podían ser fácilmente dominadas. Todo el viaje podía ascender á trescientas millas; pero Moisés quiso detener á su pueblo en el desierto el tiempo necesario para que abjurase completamente de las ideas profanas adquiridas durante su larga permanencia entre los extranjeros y por causa de los hábitos deshonorosos de la servidumbre, á fin de que renovada la tradición nacional de Abraham y de su alianza con Jehová, aprendiese á poner toda su confianza en Dios, que se manifestaba por continuos prodigios, y se acostumbrase á la ley escrita.

II

De todos los pueblos que caen al otro lado de la Cruz, el hebreo es el único que tuvo una idea cierta de Dios, y el único que puso siempre á salvo su libertad en los grandes azares de su existencia. Y sino, volvamos los ojos al Oriente, al Occidente, al Septentrión y al Mediodía, y no encontraremos ni á Dios, ni al pueblo en cuanto baña el sol, y en cuanto se extiende el mar y en cuanto se dilatan los términos de la tierra. Bajo el punto de vista religioso, todas las naciones eran idólatras, maniqueas ó panteístas. La noticia de un Dios consubstancial con el mundo, esparcida entre todas las gentes en las primitivas edades, tuvo su origen en las regiones indostánicas. La existencia de un Dios, principio de todo bien, y de otro, principio de todo mal, haciéndole oposición y contraste, fué invención de los sacerdotes persas; y las repúblicas griegas fueron el ejemplar de las naciones idólatras. El Dios del Indostán estaba condenado á un eterno reposo, el de los persas á una impotencia absoluta, y los dioses griegos eran hombres. Vengamos al Dios de los hebreos: su nombre está escrito con caracteres indelebles en todas las páginas de su historia; su nombre es Jehová, su naturaleza espiritual, su inteligencia infinita, su libertad completa, su independencia absoluta, su voluntad omnipotente. La creación fué un acto de esa voluntad independiente y soberana; cuanto creó con su poder, se mantiene. Jehová mantiene á los astros en sus órbitas, á la tierra en su

eje, al mar en su causa. Las gentes se olvidaron de su nombre, y él retiró su mano de las gentes, y la inteligencia humana se vió envuelta de súbito en una eterna noche, y entonces eligió un pueblo entre todos, y le llamó hacia sí, y le abrió el entendimiento para que entendiera, y entendió, y le adoró puesto de hinojos, y caminó por sus vías, y obedeció sus mandamientos, y se puso debajo de su mano llena de venganzas y de misericordias, y ejecutó el encargo de ser el instrumento de sus inescrutables designios y fué la luz de la tierra. Único entre los pueblos, escogido y gobernado por Dios, el pueblo hebreo es también el único cuya historia es un himno sin fin de alabanza del Dios que le conduce y que le gobierna. Apartado de todas las sociedades humanas, está solo, solo con Jehová, que le habla con la voz de sus profetas y con la de sus sacerdotes. Lo que caracteriza al pueblo hebreo, lo que le distingue de todos los pueblos de la tierra, es la negación de sí mismo, su aniquilamiento delante de su Dios. Para el pueblo hebreo, todo lo que tiene movimiento y vida es rastro y huella de su magestad omnipotente, que resplandece así en el cedro de las montañas, como en el lirio de los valles. Cada una de las palabras de Jehová constituye una época de su historia. Dios le señala con el dedo la tierra de promisión, y le promete que de su raza vendría Aquel que prometió en el Paraíso en los tiempos adámicos por Redentor del mundo y por Rey y Señor natural de las naciones. Esta es la época de la promesa que corresponde á la de los patriarcas. Apartado de los caminos del Señor, levanta ídolos en el desierto, cae en horrendas supersticiones é idolatrías, y el Señor le anuncia disturbios, guerras, cautiverios, torbellinos grandes y tempestuosos, la ruina del templo, el allanamiento de los muros de la Ciudad Santa, y su propia dispersión por los ámbitos de la tierra. Esta es la época de la amenaza. Por último, llega la hora en la plenitud de los tiempos, y aparece en el horizonte la estrella de Jacob, y se consuma el sacrificio cruento del Calvario; y el templo cae, y Jerusalén se desploma, y el pueblo judío se dispersa por el mundo. Esta es la época del castigo.

III

Internémonos ahora en los domésticos hogares de los hebreos. No hay que extrañar que inmediatamente después de haberse hablado de Dios, se hable de la mujer. De las consideraciones que merezca ésta en el hogar, nace el carácter de la familia. Cuando Dios, enamorado del

hombre, su más perfecta criatura, determinó hacerle otro don, le dió en su amor infinito la mujer para que esparciera flores por sus sendas y luz por sus horizontes. El hombre fué el Señor y la mujer fué el Angel del Paraíso. Cuando la mujer cometió la primera de sus flaquezas, Dios permitió que el hombre cometiera el primero de sus pecados: pecaron juntos y juntos salieron de aquellas moradas espléndidas con el pie lleno de temblor, el corazón lleno de tristeza y con los ojos obscurecidos con lágrimas; juntos han ido atravesando las edades, su mano puesta en su mano, ahora resistiendo grandes torbellinos y tempestades procelosas, ahora dejándose llevar mansa y regaladamente por pacíficos temporales, surcando el mar de la vida con grande bonanza y con sosegada fortuna. Al herir Dios con la vara de la justicia al hombre prevaricador, cerrándole las puertas del delicioso jardín que para él había dispuesto con sus propias manos, tocado de misericordia, quiso dejarle algo que le recordara el suave perfume de aquellas moradas angélicas, y le dejó la mujer para que al poner en ella sus ojos pensara en el paraíso. Antes que saliera del edén, Dios prometió á la mujer que de sus entrañas nacería, andando el tiempo, el que había de quebrantar la cabeza de la serpiente. De esta manera, el Padre de todas las justicias y de todas las misericordias juntó el castigo con la promesa y el dolor con la esperanza. Conservóse completa esta tradición primitiva, según la cual, la mujer era dos veces digna de lástima por la santidad de la promesa y por la desgracia del infortunio, entre los descendientes de Seth, que merecieron ser llamados hijos de Dios; alteróse, empero, notablemente entre los descendientes de Caín, que por su mala vida y estragadas costumbres fueron llamados hijos de los hombres. Los primeros respetaron á la mujer, uniéndose con ella en la tierra con el vínculo santo, uno é indisoluble, que el mismo Dios había formado en el cielo; los segundos la envilecieron y degradaron instituyendo la poligamia, mancha del lecho nupcial, siendo Lamec el primero de quien se cuenta que tomó por suyas dos mujeres. Con estos malos principios fueron los hombres á dar en grandes estragos, hasta que generalizada la corrupción, se hizo necesaria la intervención divina y la subsiguiente desaparición de los hombres de sobre la faz de la tierra, cubierta toda con las aguas purificadoras del Diluvio. Aplacado el rostro de Dios, volvió á poblarse la tierra, conservando, empero, para perpetua enseñanza de los hombres, claros testimonios de sus iras. Dispersáronse los hombres por todas sus zonas, y se levantaron por todas partes grandes imperios compuestos de diversas gentes y naciones. Hubo entonces, como en los tiempos antidiluvianos, quienes fueron llamados hijos de Dios, y

otros que se llamaron hijos de los hombres; fueron los primeros los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob, que llevan en la historia el nombre de hebreos; fueron los segundos los otros pueblos de la tierra, que llevan en la historia el nombre de gentiles.

Desfigurada entre los últimos la tradición de la mujer; borrada de todo punto la tradición del matrimonio instituido en el cielo, ignoraba haber nacido para ser compañera del hombre, y la convirtieron en instrumento vil de sus placeres y en víctima inocente de sus furores. Se emparedaba á la belleza en los serrallos para el deleite del rico y del poderoso, ó se prostituía en el templo de Militta ó en las calles de Sardas. La mujer hebrea era por el contrario una criatura nobilísima. Aquí en este pueblo, no sólo se fulmina la execración sobre el pecado contra la naturaleza, y se arroja de entre las hijas de Israel á la mujer impúdica, sino que está además prohibido desear la mujer ajená. Lejos de estar allí envilecida la mujer como en Oriente, hasta ser esclava, ó de estar encerrada en los gineceos como en Grecia y Roma, vemos á Débora como jefe á la cabeza del pueblo, á Judit rodeada de respeto antes de ser libertadora de Betulia. Las figuras sencillas de Raquel, Booz, Ruth, Sara y la mujer de Tobías, ofrecen una pureza de amor que induce ya á presentir la santa dignidad del matrimonio cristiano.

Poseedores los hebreos de las tradiciones bíblicas, sabedores del fin para que la mujer fué creada, la levantaron hasta sí, amándola como á compañera suya, y honrándola por ser la mujer el templo en donde había de habitar el Redentor de todo el género humano. Las bodas se celebraban al compás de las oraciones que pronunciaban los deudos de los esposos para atraer sobre la nueva familia la bendición del cielo.

Lo que fué causa de la libertad de la mujer, fué causa de la libertad de los hijos. Los de los gentiles caían bajo el poder de los padres, los cuales tenían sobre ellos el mismo derecho que sobre sus cosas; los de los hebreos eran hijos de Dios, y uno de ellos había de ser el Salvador de los hombres. De aquí el santo respeto y tiernísimo amor de los hebreos á sus hijos; de aquí el exquisito cuidado de las matronas en amamantar á sus propios pechos á los que habían llevado en sus entrañas; de aquí las bendiciones que descendían de lo alto sobre los progenitores de una numerosa familia y sobre las madres fecundas; *sus nietos son la corona de los ancianos*, dice la Sagrada Escritura. El gobierno patriarcal es la base de los reglamentos domésticos de Moisés.

IV

Limitanse casi todos los códigos modernos á proteger la posesión y transmisión de la propiedad y á impedir el mal, olvidando á la familia y á los ciudadanos. Los antiguos legisladores prescribían además el bien y descendían á los más ínfimos pormenores. Así el de Moisés abraza desde las más altas combinaciones de la política hasta las costumbres domésticas, teniendo presente de continuo la consolidación del carácter nacional y de la moralidad. Ya hemos visto el sentimiento religioso y el de la familia. Sólo nos falta ahora, para dar fin á este discurso, poner de manifiesto la constitución política del pueblo depositario de la palabra revelada.—Ahora bien. La nación del pueblo es el resultado de estas dos naciones: la de la asociación y la de la fraternidad. El pueblo es una asociación de hermanos; de donde resulta que la noción del pueblo no puede coexistir en el entendimiento con la de la esclavitud. El pueblo no ha podido existir ni ha existido sino en las sociedades depositarias de la idea de la fraternidad, revelada por Dios á la gente hebrea, revelada por Jesucristo á todas las gentes. Lo que en las repúblicas griegas se llamó pueblo, no fué ni pudo ser un verdadero pueblo: es decir, una asociación de hermanos, sino una verdadera aristocracia, ó lo que es lo mismo, una asociación de Señores.—El pueblo de Dios no trae su origen ni de semidioses ni de reyes; descende de pastores. Hijos todos los hebreos de Abraham, de Isacc y de Jacob, todos son hermanos. Rescatados todos de la servidumbre de Egipto, todos son libres; sujetos todos á un solo Dios y á una sola ley. Admitiendo un Dios solo, no debía subsistir diferencia de naturaleza entre sus criaturas. Los doctores dicen: «¿Preguntarás por qué Adán es el único creado? Lo fué para que entre los hombres ninguno pudiese decir al otro: yo soy de raza más noble que la tuya.» Por lo tanto las castas desaparecían y la ley de la unidad diferenciaba á esta nación de las demás. Campea esa unidad en el Decálogo, y sus consecuencias son la igualdad y la libertad. La ley se promulga para todos y no en nombre de un legislador, que con esto se habría declarado superior á la nación, sino en nombre de Dios, del Dios que la sacó de la esclavitud. Y así también de la unidad nace directamente la libertad, y todo Israel se encuentra libre, porque todo salió de la servidumbre, libre para buscar su perfeccionamiento por los mejores medios. El pueblo de Dios es el único de la tierra entre los antiguos que conservó en toda su pureza la noción de la

libertad, de la igualdad y de la fraternidad de los hombres. Cuando Moisés les dió leyes no instituyó el gobierno aristocrático, sino el popular, y les concedió el derecho de elegir sus propios magistrados, que en calidad de guardadores de su divino estatuto, tenían el encargo y el deber de mantenerlos á todos, así en la paz como en la guerra, bajo el imperio igual de la justicia. Dieron á sus magistrados supremos el nombre de jueces, sin duda para significar que su oficio era guardar y hacer guardar la ley que les había dado Dios por su profeta sin la ilegítima intervención de la voluntad particular y de sus livianos antojos. En este estado se mantuvo la república largo tiempo, hasta que el pueblo, amigo siempre de mudanzas y novedades, cambió su propio gobierno, instituyendo la monarquía por un acto solemne de su voluntad soberana. El rey, empero, no fué sino el heredero de la autoridad del juez, limitada por la voluntad de Dios y por la voluntad del pueblo.

Por eso el pueblo, dice un autor, es la persona trágica por excelencia en las tragedias bíblicas. Al pueblo se dirige la promesa y la amenaza; el pueblo es el que acepta y sanciona la ley; el pueblo es el que rompe en tumultos y rebeliones; el que levanta ídolos y los adora; él quita jueces y pone reyes; el que bendice y maldice á un tiempo; el que levanta y destroza. En Israel no hay más que el pueblo; el pueblo lo llena todo; al pueblo habla Dios; al pueblo habla Moisés; al pueblo hablan los profetas; al pueblo sirven los sacerdotes y los reyes; hasta los Salmos de David, cuando no son los gemidos de su alma, son cantos populares; y hasta en la promulgación de la ley escrita debía el pueblo consentirla, jurando sobre un altar, para cuya erección cada tribu había llevado una piedra.

La monarquía duró poco; se desvaneció como la espuma. Cuando David y Salomón bajaron al sepulcro, al punto comenzó á despeñarse la majestad del imperio: dividiéronse las tribus, y rota la santa unidad del pueblo de Dios, se formaron de los fragmentos dos imperios enemigos, dados ambos á torpezas y deleites. Siguiéronse de aquí grandes discordias y guerras, temporales, furiosas y horrendas desventuras. El pueblo se había olvidado de Dios, y las muchedumbres se tumultuaban en las calles. Corriendo tiempos tan aciagos y tan turbios, despertó Dios á sus grandes profetas para hacer resonar en Judá el eco de su palabra. Jamás hubo en la tierra una institución tan admirable y tan santa como la de los profetas del pueblo de Dios. Ellos fueron poetas, tribunos y oradores: como poetas cantaban las perfecciones divinas; como tribunos defendían los intereses del pueblo; como oradores proponían lo que juzga conforme conveniente á las cosas del Estado. Ja-

más, antes de soltar los torrentes de la elocuencia, las luces de su inteligencia y los ardores de su corazón, se fijaron en los semblantes de los príncipes ni en la postura del pueblo, como acontecía con los tribunos de Atenas y Roma; sino que, cerrados los ojos, atendían tan solo á lo que Dios les decía anteriormente. Por eso hicieron frente á los odios implacables de los príncipes; por eso resistieron con constantísimo semblante á la indignación popular, creciendo su firmeza al compás de los embates de la persecución y al compás de las olas en la tempestad. Al cesar los profetas, se dió fin á la época de la amenaza; la venida del Salvador dió comienzo á la época del castigo.

V

Todos esperaban. Respecto del Mesías, no había incrédulos; pero al mismo tiempo, sí iba perdiendo cada día más y más la verdadera noción del enviado divino. A esto contribuía el espíritu nacional, no menos que el espíritu de secta; la dominación de los romanos, aunque relativamente moderada, indignaba á un pueblo que no dejaba de tener buenas razones para creerse superior á sus arrogantes señores, á quienes echaba en cara, además de su crueldad y su rapacidad, los sacrilegios. La insolencia de los romanos había violado muchas veces las prácticas religiosas; y se esperaba al Mesías, considerándole sobre todo como un vengador, y habituándose los judíos á creer que el Deseado de las naciones vendría terrible y victorioso á saciar su ambición y á substituir con ellos á los señores del mundo. Así en aquellos corazones inclinados hacia la tierra se estaban formando, cuando iba á nacer la luz, tinieblas más densas que lo que lo habían sido las de la noche. El Mesías dirá: «Bienaventurados los corazones puros», y sólo le verán aquellos que le pidan no el reino propio, sino el suyo. Los hebreos esperaban en el Mesías un redentor terrestre. La paz, sin embargo, reinaba en Judea, como en todas partes. Augusto había domado en Roma todas las sublevaciones. Las turbulencias doctrinales de Jerusalén, dominadas por la esperanza, no perturbaban en nada el estado general de tranquilidad. Tampoco había allí ningún partido que políticamente fuera terrible, siendo aquél un momento raro en la historia. Roma poseía un templo, el más hipócrita de todos cuantos había levantado, el templo de la Paz, cuyas puertas dejaba abiertas durante la guerra en forma de oración permanente para lograr la paz; pero desde Numa hasta Augusto, en siete siglos, el templo de la Paz sólo se había cerrado dos veces: la primera, por algunos

años; la segunda, por algunos meses. Entre tanto, como para mostrar á qué precio único la fuerza puede predicar la paz, dos veces la mano homicida de Augusto había querido cerrar aquellas puertas formidables, ó más bien Augusto las había tapiado con los cadáveres de los ciudadanos. Aquellas puertas habían vuelto á abrirse, y habían vuelto nuevamente á cerrarse por la espada de Tiberio. Tiberio llega á ser el ejecutor de lo que podría llamarse el primer hecho evangélico: procuró el silencio de las armas, en medio del cual pronunció Dios en voz baja la palabra de la paz verdadera y eterna. El imperio comienza á realizar los designios de Dios; y ya, que quiera, que no quiera, el imperio no hará otro papel que eso. Los hechos de guerra son los únicos acontecimientos importantes de la antigüedad, y esos hechos callan entonces en todas partes, porque se ha dicho que la tierra estaría en paz en esa hora. ¡Hora de cánticos, hora de triunfos! En Roma, Virgilio y Horacio cantan á los pies de Augusto y de Tiberio victoriosos; en Judea, encima de un pesebre en que descansa un niño recién nacido, unas voces celestiales, sólo oídas por algunos pastores, van á entonar el compendio del eterno Evangelio: «¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!» La hora es solemne para toda la naturaleza. En el vasto firmamento, los astros no se habían separado de su marcha; nada había allí que reparar, ninguna perturbación desviaba á aquellos reinos inviolables de la regularidad. Sin embargo, una circunstancia debía señalar en ellos el advenimiento del nuevo Adán, del nuevo Moisés, del nuevo Josué, del hombre á quien los demonios y los ángeles, y los vientos y el mar, y las plantas y toda la cosa creada va á obedecer. Esta circunstancia fué el Jubileo de los planetas; todos en aquel momento habían terminado sus revoluciones, y todos estaban dispuestos al trabajo ó á la tranquilidad; todos volvieron á partir obedientes para una carrera nueva, como el día en que el mismo Verbo de Dios, al llamarlos por su nombre desde el fondo de la nada, cada uno de ellos respondió: «¡Héme aquí!» y emprendió el camino que se le había trazado.

VI

Dejemos para otros capítulos el bello panorama de la gruta de Belén, convertida un día en un cielo, donde mil acentos angélicos entonaban himnos de gloria al recién nacido, Rey de Israel, y más tarde recibía los homenajes de los opulentos monarcas del Oriente; la escena de